

BUDA BLUES

MARIO MENDOZA

Buda Blues

©Mario Mendoza, 2021

© Por imagen de cubierta: LADELRIO (@tintadelrio), 2021

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2021
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Diseño de colección: Juanfelipe Sanmiguel
Diseño de interior: Departamento de Diseño Planeta

Primera edición: abril de 2009
Primera edición de esta colección rústica (Colombia): agosto de 2022

ISBN 13: 978-628-7568-11-2
ISBN 10: 628-7568-11-9
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Este proyecto ha sido posible gracias al apoyo de:

- Programa Distrito grafiti de la Alcaldía Mayor de Bogotá (Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte e Instituto Distrital de las Artes – IDARTES).
- Cuerpo oficial Bomberos de Bogotá (Estación de Chapinero, Estación del Restrepo)
- Árbol Naranja

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*Sí, hay un fondo.
Pero hay también
un más allá del fondo.*

ROBERTO JUARROZ

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Capítulo I	
PROYECTO APOCALIPSIS	13
1.....	15
2.....	59
Capítulo II	
MARÍA MAGDALENA.....	101
1.....	103
2.....	147
Capítulo III	
BUDA BLUES.....	191
1.....	193
2.....	231

PRÓLOGO

La escribí como una novela de anticipación, como una especie de texto urbano futurista, como esos cómics donde en lugar de alienígenas aparecen los escasos sobrevivientes de un Apocalipsis que arrasó con la humanidad.

Siempre había querido escribir acerca de una sección de los anarquistas contemporáneos, los llamados anarcoprimitivistas liderados por el matemático terrorista que vivió años en una cabaña de Montana sin luz, ni agua, ni teléfono, ni seguro médico, ni sueldo, ni nada: el famoso Unabomber, Theodore Kaczynski. Lo que hice entonces fue mezclar esta figura, y la de sus seguidores a nivel mundial, con una historia bogotana de la cual fui testigo de primera mano.

El resultado fue una especie de pesadilla urbana apocalíptica que me encantó porque daba en el centro de algo que intuí en un viaje a la India en 2008: que el futuro del capitalismo no es nada halagador y que las grandes condensaciones de las fortunas generan inevitablemente una multiplicación de la miseria. La novela, entonces, busca navegar por esas aguas subterráneas donde los anarcoprimitivistas pretenden tumbar ese sistema que ellos consideran injusto, despiadado y brutal. El problema es que al hacerlo se convierten ellos mismos en asesinos sin control.

Me sorprende ver que varias de mis intuiciones en este libro se vienen cumpliendo a cabalidad: el capitalismo depredador, después

de la crisis del 2008, atacó a la ciudadanía de manera despiadada e inmoral. Me alegró que la novela quedara de finalista para el famoso premio Dashiell Hammett de la Semana Negra de Gijón.

Capítulo I

PROYECTO APOCALIPSIS

1.

Estimado Sebastián:

Recibí tu postal en la que me comunicas tu nueva dirección en Kinshasa. No lo creerás, pero tus palabras me llegaron en el mejor momento, como si fueran un conjuro para rescatarme de los infiernos. Han pasado tantas cosas extrañas desde que te fuiste... A veces pienso que viajaste justo cuando iba a comenzar lo peor para mí. Sabes bien que siempre llevé una vida reposada, sin altibajos sobresalientes, y en la medida de lo posible evité experiencias que me llevaran a encrucijadas de las que después no iba a saber cómo salir. Conozco mis debilidades y eso me ha hecho un hombre prudente. El terreno donde corrí los mayores riesgos fue el académico, en los salones de clase, en el ámbito universitario, donde mis estudiantes, más que subalternos a los cuales debía calificar, fueron amigos que compartieron mis inclinaciones y pasiones. Pero en mi vida privada busqué el reposo y la rutina que me llevaba de mi apartamento a la universidad y viceversa. Y en mi vida sentimental, como bien lo sabes, he elegido mujeres ligadas a ese ambiente: profesoras, investigadoras o estudiantes de últimos semestres o de maestría, que tarde o temprano compartían conmigo las mismas lecturas y los mismos gustos intelectuales.

Los enfrentamientos, las guerras y las confrontaciones que sacudieron mi vida se dieron en las páginas de las revistas universitarias, en los congresos internacionales o en los simposios donde he expuesto,

con la mayor honestidad posible, mis hipótesis y mis ideas acerca de la historia de este país, que me ha dolido desde nuestros años de amistad adolescente, cuando nos graduamos del colegio y yo supe enseguida que me presentaría a la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Pero experiencias inusuales o pruebas fuera de lo común, Sebastián, realmente no he tenido.

Recuerdo que cuando tú me hablabas de uno de tus viajes por el sur mexicano o por el Amazonas peruano, o cuando me relatabas, con lujo de detalles, tus aventuras amorosas con extranjeras trashumantes o con jóvenes hippies que se iban a la cama contigo a los pocos minutos de conocerte, yo no podía sino admirarte, envidiarte, y preguntarme si mi vida sedentaria y plana no sería la consecuencia de mi mediocridad y mi falta de imaginación. Hasta que aprendí a aceptarme tal y como era: calmado, paciente, silencioso. Sin embargo, de ese profesor que solía subir y bajar por la calle 45, bien fuera de ida o de regreso de la Universidad Nacional, ya no queda nada, ni siquiera la mirada o la sonrisa, pues hace poco me miré en un espejo y no me reconocí. Mi antigua identidad se ha venido esfumando poco a poco. Y a diferencia de otros sujetos que no saben cómo ni cuándo se inician estos procesos, yo tengo clarísimo el instante exacto en el que el mundo dejó de ser para mí un espacio propicio para el pensamiento y el debate intelectual, y se transformó en un agujero negro del que no supe de qué manera escapar, un agujero negro que me reveló mi zona de sombra, mis pesadillas más grotescas y mis remordimientos más autodestructivos. Intentaré contarte todo paso a paso, sin afanarme, y tal vez haciéndolo logre curarme de estas obsesiones que me han ensuciado la vida de mala manera. Al fin y al cabo, tú has sido no sólo mi amigo del alma, sino mi hermano, alguien que me conoce desde niño y que me vio crecer sin ningún asomo de insania o de desvío mental.

Un viernes en las horas de la tarde, cuando me disponía a cerrar la oficina de la universidad para dirigirme a mi apartamento y empezar a disfrutar del fin de semana, me llegó un mensaje urgente de Medicina Legal en el que me comunicaban que un cadáver desco-

nocido que acababa de llegar a esta institución podía ser el de un pariente mío, el tío Rafael, el hermano de mi padre, pero que no estaban seguros de ello y que por eso me pedían encarecidamente que me acercara a esta dependencia para hacer un reconocimiento del cadáver y confirmar mi parentesco o descartarlo.

Leí varias veces el comunicado, escrito en una máquina manual rudimentaria, de esas que aún se utilizan en ciertas oficinas oficiales sin presupuesto, o en la calle, cuando uno necesita que alguien le redacte una petición legal o una queja ante alguna notaría. Lo primero que pensé fue que se trataba de una broma pesada, pero luego, al ver el nombre de mi tío escrito con claridad, descarté esta posibilidad. El tío Rafael (¿lo recuerdas?) había sido durante algunos años el único pariente con quien yo había propiciado cierto acercamiento, y era imposible que uno de mis estudiantes o de mis compañeros de trabajo conocieran ese episodio de mi vida y ese nombre en particular. Luego revisé la letra escrita en máquina manual, borrosa seguramente a causa de una cinta gastada y sucia, los sellos, la firma trazada de afán con un bolígrafo barato, los encabezados con la dirección resaltada, y entonces concluí que era un mensaje auténtico. Pero entonces venían las otras preguntas: ¿cómo sabían ellos que podía tratarse de un tío mío? ¿Cómo sabían que yo era yo, que me llamaba Vicente Estévez, que era profesor de sociología en la Universidad Nacional y que era el único pariente vivo que ese hombre tenía en el mundo? Rarísimo. Si el cadáver de Rafael estaba en Medicina Legal era porque nadie lo había reclamado, porque no sabían dónde estaban sus parientes, porque ese hombre no hablaba con nadie, no guardaba contacto con su familia, y porque además no estaban seguros de si se trataba de Rafael Estévez o no. Entonces, si no sabían nada de nada, ¿cómo diablos habían dado conmigo? La única manera de solucionar ese misterio era presentándome en Medicina Legal y preguntando qué era lo que había pasado. Y aunque te parezca ruin y mezquino, lo primero que se me pasó por la cabeza, como una ráfaga instantánea, fueron los gastos de un sepelio decente: el entierro, la

funeraria... Adiós a mis ahorros, que pensaba invertir en un año sabático por fuera del país, tal vez tomando notas para un libro que quería escribir hacía tiempo (la poesía chicana como conciencia histórica) o para ahondar en una investigación, que, en mi concepto, había dejado inconclusa (una visión erótica de la Iglesia católica). Después, arrepentido y avergonzado por una idea tan miserable, cerré la oficina y tomé la decisión de dirigirme a Medicina Legal a ver si ese hombre que estaba allí, entre los refrigeradores junto a otros cuerpos maltrechos y sangrantes, era el de mi tío, la oveja negra de la familia, que desde muy joven se había alejado de los suyos para construir una vida extraña y desconocida de la que nadie, a través de los años, había tenido noticia.

Crucé la ciudad en mi pequeño Volkswagen, metiéndome en el tráfico de la calle 26 y después en las filas interminables de autos que regresaban del trabajo a esa hora por la avenida Caracas hacia el sur. Para empeorar aún más la situación, una lluvia torrencial inundaba las calles, los andenes, y había dañado varios semáforos del centro de la ciudad. Mientras esperaba pacientemente frente al volante, recordé la cara de Rafael, su porte delgado y erguido, con ese aire aristocrático que tenía en la mitad de una pobreza infame, barbado, con sus ojos de lechuza al acecho, atento a cualquier estupidez de sus interlocutores para empezar a sonreír con ese aire de desprecio que tanto lo caracterizaba. Durante mis años de rebeldía adolescente yo lo había admirado de manera irrestricta, me había enfrentado a la familia buscando alinearme con él y me había identificado con su posición de intelectual marginal que no negociaba principios ni cedía terreno ante las presiones de una sociedad mediocre y deshonesto. ¿Recuerdas que alguna vez, cuando estábamos los dos en un taller de escritores, te llevé a una cafetería de Chapinero para entrevistarnos con él y que, con un café humeante al frente, nos dijo que si no habíamos leído *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, jamás entraríamos en la verdadera madurez? A continuación, empezó a explicarnos cómo la pasión corporal y física, la posesión carnal, suele confun-

dirse con el auténtico amor, y que sólo los años le enseñan a uno que el amor es lo más cercano a la amistad y la camaradería, donde no poseemos al otro sino que conquistamos el mundo a su lado. ¿Recuerdas cómo lo escuchábamos con la boca abierta, idiotizados, como si estuviéramos oyendo las palabras de un profeta? Nos despedimos de él y, sin dudar, entramos de inmediato a la Librería Buchholz, en la calle 59, y reuniendo dinero entre los dos y sacando todos nuestros ahorros del mes, compramos la vieja edición de bolsillo del *Cuarteto* publicada por Sudamericana. Qué escena tan maravillosa: los dos cachorros intentando robar sabiduría para enfrentarse al mundo. A partir de ese día, y durante los siguientes seis o siete meses, no hablamos de otra cosa que de Justine, de Melissa, de Clea y del viejo Darley, que sólo podría escribir su obra literaria cuando comprendiera que el amor y el sexo están íntimamente ligados a la escritura, al eros como potencia de vida, como infinita generosidad que se despliega en palabras, en chorros de lenguaje que inundan el mundo para modificarlo desde adentro, desde sus estructuras más íntimas y secretas. Cuánto aprendimos en las palabras de Durrell y cómo le agradecimos a Rafael entonces su consejo.

Llegué a Medicina Legal en medio de un aguacero torrencial. Varios indigentes que ahora recorren el parque Tercer Milenio en busca de sus antiguos recuerdos del Cartucho, cuando esa zona de la ciudad era en realidad un pasadizo a un mundo de miseria, vicio y abandono, rondaban el sector con sus ropas mugrientas, sus miradas de animales salvajes y sus trastos al hombro. Seres nómadas, ancestrales que nos recuerdan nuestros primeros tiempos, cuando recorríamos el planeta con garrote en mano y dormíamos donde nos cogía la noche, en cuevas o guaridas que nos protegían de las inclemencias del clima y de las otras bestias que deseaban devorarnos. Entré a las oficinas chorreando agua por la chaqueta y un portero despistado me anunció, como si nada hubiera pasado, que la secretaria y los demás funcionarios habían cerrado sus cubículos y se habían marchado. Le expliqué que era un caso urgente, le mostré la nota que acababa de

recibir, y el tipo, con la misma actitud displicente, sólo se dignó decirme: “Mire, jefe, como usted hay muchas personas más esperando para identificar a los suyos. Yo no puedo hacer nada. Venga el lunes, en horario de oficina”. No logré convencerlo de que me dejara hablar con los médicos o los encargados de las neveras, le aseguré hasta la saciedad que reconocer un cadáver era cuestión de segundos, que yo entraba, miraba el cuerpo y ya, me iba sin ponerle más problemas. Hasta intenté comprarlo y le ofrecí una bonificación si me echaba una mano. Nada, se quedó igual, con los brazos cruzados en el pecho, mirando hacia la nada, y lo único que murmuró fue: “Más bien aproveche el fin de semana antes de las malas noticias del lunes”. La frase no podía ser más indignante, pero lo peor fue que el tiempo le dio la razón, porque esas palabras se cumplieron con exactitud. Al fin, echando chispas, di un portazo y me largué maldiciendo.

El sábado saqué los álbumes de familia y los ojeé deteniéndome en aquellas escasas fotografías en las que aparecía Rafael. Se notaba que de joven había sido arrogante, excesivamente seguro de sí mismo, déspota, consciente de que poseía una inteligencia muy superior a la de los demás. Pero en la medida en que las fotos avanzaban en el tiempo, la figura de Rafael decrecía, se hacía más angustiante, más deprimente: su ropa empeoraba, la barba demostraba una dejadez alarmante, nunca aparecía sonriente, las uñas estaban largas y llenas de mugre, y los ojos inflamados e inyectados en sangre evidenciaban largas horas de insomnio. Ya no era la oveja negra de la familia, sino un bárbaro que se iba alejando de toda civilización en busca de algo que los demás desconocían. En las últimas fotos ya ni siquiera miraba a la cámara, sino que su figura, apenas esbozada, cruzaba al fondo, junto a una puerta, en el patio o al lado de unas escaleras. Se notaba que ya no podía hablar, que no soportaba la cercanía de los demás y que se estaba alejando de manera vertiginosa hacia una dimensión nebulosa que sólo él podía habitar.

Me dio escalofrío al cerrar los álbumes. Llevaba mucho tiempo sin pensar en él, tal vez ocho o diez años. Como recordarás, cuando

mis padres murieron en el accidente aéreo ya él había desaparecido y no tuve manera de comunicarle su defunción para que asistiera al entierro. Mi padre era su único hermano y no fue posible conseguirlo por ninguna parte. Pagué avisos en los periódicos, envié un comunicado a la policía y lo reporté como desaparecido, pero nada, no recibí una sola noticia de su paradero. Como soy hijo único y mi madre tampoco tenía hermanos, me di cuenta de que sólo quedábamos él y yo, y que necesitaba encontrarlo para quizás con su ayuda mitigar el dolor que entonces me embargaba. Pero no pude hallarlo y con el paso de los meses me dije que tal vez había muerto lejos de nosotros, en otro país u otro continente, y me olvidé de su extraña personalidad y de su figura marginal, hasta que de repente, sin previo aviso, me llegó la notificación de Medicina Legal anunciándome su posible defunción. ¿Te acuerdas, Sebastián, que alguna vez, conversando en la casa de mis padres, nos imaginamos mil destinos para ese tío descarriado y medio loco? Que se había embarcado con rumbo al África, que se había internado en el Amazonas en busca de una tribu salvaje como los nukak makú o que había decidido ganarse la vida como pescador en la Antártida... Fábulas descabelladas que tejíamos para ponerle un poco de sabor a la extraña desaparición de Rafael. Pero la verdad era que mi padre, un hombre razonable, comedido, amoroso y sencillo, estaba harto de ese hermano pedante y engreído que siempre se había sentido superior a él, y justamente por ese hastío la lejanía y la posterior desaparición de Rafael no lo afectaron. Antes bien, las sintió como un alivio, como si le quitaran una pesada carga de encima. Es fácil imaginar, también, que mi tío debió pedirle dinero prestado mil veces a mi padre, para una cosa y para la otra, y que en una situación semejante la ausencia de un vago pedigüeño es una bendición.

El domingo saqué las cartas de mi familia y busqué alguna escrita por Rafael o destinada a él. Sólo encontré una breve nota dirigida a mi padre en media hoja de cuaderno, escueta, con una letra torcida y nerviosa, y cuyo contenido me pareció entonces completamente incomprensible: “Estamos ciegos y es difícil percibir su efecto, pero

ahí está, rondándonos, aplastándonos, embruteciéndonos. No pienso continuar bajo su efecto. Tarde o temprano escaparé de su zona de influencia”. Eso era todo. Tenía un tono paranoico, delirante, y pensé que tal vez se la había escrito a mi padre en medio de alguna borrachera o bajo el efecto de algún sedante o somnífero que habría ingerido para poder dormir. En las horas de la tarde, como producto de la fuerte presión emocional a la que estuve sometido, empecé a sentir dolores de cabeza que me condujeron a la cama. A las seis de la tarde estaba nadando en fiebre y las amígdalas inflamadas me impedían comer o beber cualquier clase de líquido. Esa noche tuve pesadillas atroces en las cuales Rafael me culpaba por su muerte, una muerte atroz, sangrienta, entre gritos de desesperación y gestos que demandaban ayuda. Me levanté muchas veces ahogado, con las sábanas empapadas en sudor y murmurando disculpas delirantes.

El lunes, atiborrado de pastillas para la fiebre, el catarro y los dolores de cabeza, me presenté a las ocho de la mañana en Medicina Legal. Dos secretarías revisaron la nota, buscaron en unas carpetas, y después de ir y venir de un lado para otro y de realizar un par de llamadas, me comunicaron entre sonrisas idiotas que lo lamentaban mucho pero que no se podía llevar a cabo el reconocimiento del cadáver porque, en realidad, no había ningún cadáver para reconocer. Casi estallo de la ira. Una de ellas, la más vieja, intentó controlarme con una explicación escueta:

—Sí hay cadáver, señor Estévez, pero está irreconocible. Lo encontraron cuando ya llevaba varios días en proceso de descomposición.

—¿Entonces qué carajo estoy haciendo aquí?

—Necesitamos que usted nos indique si puede tratarse de su pariente o no.

—Y qué quieren que haga, ¿una sesión de espiritismo?

—Si no se calma, no vamos a poder ayudarle —extrajo un papel de uno de los cajones de su escritorio y me lo mostró—. El cuerpo fue hallado en una pensión cerca del mercado de San Victorino, aquí a pocas cuadras, y la Fiscalía selló la habitación hasta averiguar de

quién se trata. Vamos a darle una autorización especial para que entre y revise los objetos personales del occiso.

—¿Y cómo llegaron a mí, cómo saben que puede tratarse de un pariente mío?

—En el pantalón sólo se encontró una tarjeta de una librería, la Librería Merlín, y su dueño, el señor Célico Gómez, nos dijo que por las señas él sabía de quién se trataba, que era el señor Rafael Estévez, cliente asiduo de la librería, y que tenía un sobrino, el señor Vicente Estévez, que trabajaba como profesor en la Universidad Nacional: usted.

—¿Célico? —repetí el nombre como si toda esta historia me pareciera pura ficción, una trama policíaca de mal gusto inventada sólo para mortificarme y hacerme salir de mis casillas.

¿Te acuerdas de Célico, Sebastián, ese personaje medio chiflado al que solíamos comprarle libros muy cerca de la avenida Jiménez, en un pasadizo que comunicaba dos carreras y que estaba permanentemente atiborrado de ensayos y novelas desde el piso hasta el techo? El tipo nos consiguió varias veces libros por encargo, novelas, obras de teatro, poesía o antologías de cuento que ya estaban descontinuas hacía rato. El bueno de Célico, que vivía cinco centímetros por encima de la realidad, y al que no volvimos a visitar desde una noche en que nos atracaron a la salida de la librería y nos robaron hasta los zapatos. ¿Recuerdas su delgadez extrema, sus ojos de ratón de biblioteca, su sonrisa espléndida? Pues ahora, muchos años después de haberlo olvidado por completo, su nombre reaparecía en una dependencia oficial ligado a la trágica muerte de mi tío. De todos modos, hice la última pregunta antes de ceder del todo:

—Y si encontraron el cuerpo en una pensión, como dice usted, ¿por qué no le preguntan al dueño, o a la persona que le arrendó la habitación, quién era ese hombre?

—El dueño de la casa murió hace años y no tenía herederos. La casa quedó entonces dividida entre los inquilinos. El único indicio fue la tarjeta de esa librería.

—¿Y cómo saben que llevaba varios días muerto? —dije sin saber que la respuesta que me iban a dar me rondaría en la cabeza durante meses y que sería el origen de muchas de mis pesadillas futuras.

—Por el tamaño de los gusanos —sentenció la mujer con brutalidad.

Me di por vencido y le pregunté a la secretaria la dirección de la pensión donde habían encontrado el cadáver. Ella hizo otra llamada y después me dijo:

—Los agentes del CAI de la Jiménez ya vienen para acá y ellos lo acompañarán hasta el lugar. Como está sellado por la Fiscalía, sólo puede entrar en presencia de la policía.

—Gracias —murmuré entre dolores de garganta y un principio de tos que ya empezaba a castigarme los pulmones.

Me senté en una banca a esperar a la policía. A los pocos minutos, en efecto, llegó una patrulla con dos agentes y me condujeron a pocas cuerdas, justo en pleno mercado de San Victorino, entre vendedores de cucharas de palo y payasos que anunciaban almuerzos populares, e ingresamos en una casa polvorienta a punto de derrumbarse. En el primer piso alcancé a vislumbrar a una anciana rodeada de ollas quemadas y frascos sucios que se quedó mirándome desde una habitación oscura y destartada, en la que había reservado un rincón para enchufar un reverbero de dos fogones. Fue una mirada fugaz pero cargada de dureza, como preguntándome qué estaba haciendo yo en ese lugar; yo, un señorito vestido con ropa limpia, bufanda y zapatos de cuero recién lustrados; yo, que necesitaba entrar con la policía no porque fuera legal hacerlo de esa manera, sino porque quizás de otro modo no me atrevería. Después, en el rellano de una escalera de madera carcomida por el moho y la intemperie, nos tropezamos con un hombre barbado y con una gabardina negra que no quiso responder el saludo que le dirigimos. Caminamos unos pasos por el segundo piso y al fin llegamos a una puerta sellada con unas cintas y unos papeles adhesivos. Un olor que sólo pude descifrar más tarde (el olor penetrante de la basura descompuesta, el que despiden

las canecas, los basureros y los botes públicos donde la gente arroja cáscaras de frutas, pedazos de carne, latas de atún y papel higiénico usado) se extendía a lo largo de la edificación y me hacía difícil respirar con normalidad. Los agentes abrieron la puerta y se quedaron en el corredor. Una punzada de dolor me atravesó el estómago. Lo primero que vi fueron las columnas de libros arrumadas por todas partes: en los rincones de las paredes, sobre una mesita de madera, alrededor de un colchón y de unas cobijas desordenadas, sobre el baldosín del baño, encima del inodoro o haciendo equilibrio entre las llaves del lavamanos. Era el cuarto de Rafael, estaba seguro, no tuve la menor duda. Y apenas comencé a reconocer los títulos y los autores (Nietzsche, Somerset Maugham, Zweig), los ojos se me llenaron de lágrimas. Tú sabes mejor que nadie, Sebastián, que mi familia nunca fue adinerada ni ostentosa. Éramos los típicos representantes de la clase media ilustrada, que más que autos lujosos o propiedades costosas, creían en terminar una carrera universitaria y después buscar como fuera una beca para poder continuar estudiando en el extranjero. Nuestro verdadero patrimonio siempre fue nuestra educación. Pero el caso de Rafael era diferente, pues jamás ejerció ninguna profesión ni trabajó en ninguna parte.

Rafael era un autodidacta radical, un lector de esos que ya no existen, que invierten las horas y los días entre los libros, sin comer, sin dormir, como si el mundo de afuera hubiera desaparecido o perdido su importancia. Él no leía por educación o cultura; no, leía porque en las páginas de los libros encontraba la energía y los argumentos necesarios para continuar despreciando un mundo que aborrecía, que detestaba con todas sus fuerzas y al que algún día le encantaría aniquilar, bombardear, fumigar. Quien lee así, con rabia, desde una anarquía secreta, convierte los libros en armas, en fusiles, en granadas, en ametralladoras, y permanece la vida entera con el dedo en el gatillo. Por eso la sensación que tuve, apenas empecé a leer los títulos y los autores, fue la de haber entrado al escondite de un terrorista, a la guarida de un rebelde solitario dispuesto a cualquier cosa. Y esa

impresión, aunque te parezca extraño, me conmovió: en un mundo tibio y mediocre, pacato, cobarde e hipócrita, donde la gigantesca mayoría cede, negocia y hace concesiones, de repente tropezarse con un radical es una lección de entereza, de convicción profunda, de severidad física y espiritual. Aunque no estemos de acuerdo con ellos, aunque estén equivocados, sus excesos nos recuerdan un principio fundamental: que la vida sólo merece ese nombre en los extremos. Quienes se mueven en el centro tienen derecho a crecer, a reproducirse y a morir, pero sólo aquellos que caminan por bordes peligrosos y eligen los límites como sus territorios cotidianos, sólo ellos sienten el verdadero estremecimiento de estar vivos. Todo esto que te escribo en medio de una infinita tristeza lo pensé en segundos, mientras recorría ese cuartucho miserable donde mi tío había pasado quién sabe cuánto tiempo metido entre las páginas de ciertos libros que seguramente fueron sus únicos amigos y su única familia.

Luego me di cuenta de que debajo de una ventana que tenía la habitación (y que estaba cubierta por una sábana percutida y rasgada), sobre un trapo que estaba en el suelo, había un montón de latas de atún y de sardinas abiertas, como si ese hubiera sido el único alimento de Rafael a lo largo de muchos meses. También reconocí un olor a cigarrillo concentrado en la ropa de cama y en una escarcha grasosa que se extendía por las paredes y el techo. Lo más seguro es que mientras leía y releía a sus autores favoritos, Rafael hubiera fumado de día y de noche de manera compulsiva, sin medir las consecuencias que ese vicio tendría para su salud y para su escaso presupuesto de lector desempleado y ocioso, cuyo único oficio era azotar las calles en busca de algunas monedas para comprar latas de atún o de sardinas, y así ir sobreviviendo con lo apenas necesario.

Revisé los libros que estaban sobre la mesita y me encontré un volumen de los *Pequeños poemas en prosa*, de Baudelaire, un antiguo ejemplar que yo le había regalado a Rafael hacía muchos años con ocasión de su cumpleaños. Evoqué en breves segundos la tarde en que lo había comprado en una de las casetas de libros usados de

la calle 19, cuando era apenas un estudiante de sociología y mi escaso presupuesto no me permitía andar comprando libros nuevos en ediciones recién impresas y resplandecientes. Abrí el libro y vi las anotaciones de mi tío en francés, con su letra menuda y temblorosa, como si se tratara de la caligrafía de un enfermo de párkinson. Reconocí frases que aludían a la presión de la nueva ciudad industrial sobre una clase de individuo que había surgido entonces y sobre el que no había antecedentes: el hombre de la multitud (Poe), el solitario que vagabundea entre la masa, el nuevo holgazán errático que no encaja en el conjunto general, que desentona en ese aire de progreso e ingenua esperanza que se extiende por toda la Europa mercantil y capitalista que, en lugar de cumplir con los ideales de la Revolución Francesa, lo que hará será hundirse en el próximo baño de sangre de dos guerras mundiales. Eso era lo que decían las notas de Rafael en los márgenes de los poemas de Baudelaire.

Seguí ojeando el libro y de pronto, en el paso de una página a otra, me tropecé con la foto de un adolescente que sonreía a la cámara con una bondad que le daba a la escena un aire de beatífica transparencia. Empecé a llorar sin poderlo evitar. Era yo, era una foto mía a los catorce o quince años de edad. ¿Por qué Rafael había guardado esa foto y lo había hecho precisamente en ese libro? Quién se la había dado, ¿mi madre o mi padre? ¿La había pedido él especialmente o la había robado de algún álbum en un momento de descuido familiar? Recordé que el día en que me habían tomado esa foto estaba en pijama y con una pierna enyesada. Mi madre me hizo cambiarme la camiseta, me peinó hacia atrás, salimos al patio de la casa para que la luz fuera aún más potente y le dio la orden al fotógrafo de que tomara la foto sólo de los hombros hacia arriba. De algún modo, pensé con la foto entre las manos, esa toma era una metáfora perfecta de mi vida: la parte de arriba sonriente y con una apariencia impecable, y la parte de abajo sucia, sin bañar y enferma, casi paralítica. ¿No me definía a la perfección esa lejana fotografía adolescente? ¿Lo sabía Rafael con su perspicacia habitual y por eso la había guardado?

Después continué revisando los libros y me tropecé con notas en inglés y alemán, idioma este último del que no entiendo sino muy escasas palabras. La erudición de Rafael era apabullante, pero en la medida en que hurgaba entre sus libros una idea se iba delineando poco a poco en mi mente: que hay un tipo de inteligencia descomunal, punzante, salida de lo normal, que en lugar de beneficiarnos lo que hace es hundirnos en un maremágnum de confusión general, hastío y resentimiento. Ese tipo de inteligencia no es un privilegio, sino un castigo. El que la posee no la disfruta: la padece como una infección, como una fiebre que cada cierto tiempo regresa y aniquila las defensas y destruye todo el cuerpo, o como una llaga que de vez en cuando vuelve y se abre para derramar su pus maloliente e infecta. En contraste con ese tipo de inteligencia, la incultura es una bendición.

En el baño encontré una barra de jabón barato, una crema de dientes, un cepillo con las cerdas aplastadas y un sobre de aspirinas. Nada más. Como había un escape de agua imperceptible y las losas del piso estaban húmedas, me resbalé, y antes de irme de bruces alcancé a poner las manos en el vidrio para sostenerme. Recuperé el equilibrio y entonces me fijé en que en la parte trasera de la gaveta donde estaba el espejo, medio suspendida, a punto de caerse sobre el lavamanos, había aparecido una libreta pequeña junto a un ejemplar del periódico amarillista *El Espacio*, como si Rafael la hubiera acuñado al muro con las páginas del diario y el brusco movimiento del espejo la hubiera hecho desprenderse hacia abajo. La jalé con suavidad y le eché un vistazo. En la primera página, Rafael había escrito a manera de título *La Cosa*, y a partir de la segunda página venía una especie de narración desenfadada y nerviosa que se extendía a lo largo de unas cuarenta o cincuenta hojas. Disimulé, revolví aquí y allá, curioseé, y, sin que los policías se dieran cuenta, me metí la libreta en uno de los bolsillos de la chaqueta. Finalmente me acerqué a la puerta y les dije con la voz apagada:

—Sí, son los libros de mi tío. No me cabe la menor duda. Encontré incluso una foto mía cuando era adolescente.

—Recuerde que no puede llevarse nada hasta que no se clarifique la identidad del occiso.

—Todo quedó donde estaba.

—Lo regresamos entonces a Medicina Legal —ordenó uno de ellos y bajamos de nuevo para entrar a la patrulla.

Lo que vino después fue otra vez una de esas escenas absurdas de las que uno quisiera despertarse para quitárselas de encima. Resulta que el cuerpo de Rafael estaba en tal grado de descomposición que no sólo no se podía reconocer su cadáver, sino que había perdido también las huellas dactilares. Según me explicaron, había muerto dentro de la habitación y en los días siguientes los vecinos creyeron que el olor desagradable que se extendía por la casona se debía a que las tuberías estaban dañadas y dejaban escapes que despedían aguas negras a la superficie. Como ya se habían presentado varias veces esos mismos desperfectos, los vecinos decidieron que se trataba otra vez de los mismos daños y no se pusieron de acuerdo en la cuota que debían reunir para contratar un plomero y arreglar de una vez por todas los tubos que atravesaban cada uno de los dos pisos de la casa. Ninguno se percató de que el olor se debía a que Rafael se estaba pudriendo dentro de su habitación. Sólo cuando uno de ellos vio un puñado de ratas salir por debajo de la puerta del cuarto de mi tío, empezó a sospechar y dio aviso a la policía. Era demasiado tarde. El cuerpo estaba amoratado, putrefacto, carcomido por miles de gusanos blancos, y las ratas también habían hecho su festín y lo habían mordisqueado por todas partes. Y la única pista para saber quién era ese extraño anciano barbado y solitario fue la tarjeta de la librería de Célico.

—Y si las huellas dactilares están irreconocibles, ¿cómo vamos a saber entonces si se trata de mi tío o no? —pregunté sintiendo que la fiebre me entorpecía los sentidos y me hacía ver la realidad de manera difusa y borrosa.

—Nos toca hacer un examen de ADN —aseguró la secretaria más vieja.

—¿Y eso es ágil y sin inconvenientes? —dije yo con la mayor ingenuidad.

—Mañana tomamos una muestra de sangre y en dos o tres meses nos llegan los resultados.

Sentí como si hubiera explotado una granada en la sala.

—¿Tres meses? ¿Me está usted diciendo que mi tío se quedará tres meses congelado en esas neveras y que yo no podré enterrarlo como exigen las más elementales reglas de la civilización y la decencia? —grité al borde de un colapso.

—Mire, señor, tranquilícese —afirmó con voz calmada la secretaria, como si estuviera acostumbrada a lidiar con tipos como yo, cuya condena había sido ir a parar a ese cuchitril entre kafkiano y dantesco—. Nosotros no tenemos la culpa de nada. Nos atenemos a seguir un procedimiento. No podemos entregarle un cadáver sin saber de quién se trata. Hay que estar seguros. Tenga paciencia. Venga mañana, hacemos el examen de sangre y comenzamos los trámites cuanto antes para que usted pueda darle sagrada sepultura a su tío. Los exámenes van a un laboratorio a Estados Unidos y en tres meses estarán de vuelta. Puedo mandar una nota para que nos agilicen el proceso.

Suspiré y me derrumbé en un asiento. No había nada que hacer. Afirmé con la cabeza y prometí entonces que a la mañana siguiente regresaría temprano para los exámenes y para firmar los documentos que hicieran falta.

Esa noche soñé con Rafael desmembrado dentro de un refrigerador, con varios gusanos enormes saliendo de sus cuencas vacías, buscando sus partes, preguntando por una mano o por un pie. Pesadillas atroces que me dejaron sentado en la cama y chorreando sudor por el cuerpo entero. Miré el reloj: las once de la noche. Sólo había dormido dos horas. Me vestí y decidí que en lugar de pasarme el insomnio contemplando el techo y atormentándome con ideas absurdas, prefería ir a investigar a la pensión de Rafael. Quería ver de cerca el lugar, sin testigos, respirar la atmósfera en la que él había

pasado buena parte de su vida, meter el hocico en el hueco donde había agotado sus días y sus noches.

San Victorino era a esas horas un territorio para bestias bien entrenadas. Animales de presa y carroñeros recorrían las calles aleñañas con las fauces babeantes y los ojos desorbitados. Entre los borrachos, los vendedores de bazuco y los atracadores de oficio logré pasar inadvertido gracias a mi aspecto enfermo y a mi rostro sin afeitar, ojeroso, y a la tos persistente que me sacudía el pecho en espasmos irregulares. Además, como sabía que me iba a meter en la boca del lobo, me puse la peor ropa que encontré y me calcé unos zapatos sucios y trajinados. Eso me permitió llegar hasta la pensión ileso y, en la puerta, me tropecé al hombre barbado de la gabardina negra que en las horas de la mañana había bajado las escaleras sin responder al saludo de la policía ni al mío. Me reconoció enseguida y me interpeló sin mirarme a los ojos, como si estuviera hablando con otra persona:

—Aquí los sapos no son bien vistos.

Me di cuenta de que le faltaban los dientes delanteros y que dos colmillos largos y amarillentos le acentuaban un perfil perruno o de vampiro terciarista, mal trajeado, enfermo, sin empleo.

—No trabajo para la policía. Hoy vine porque soy el sobrino de Rafael, el hombre que se murió en el segundo piso.

El tipo giró la cabeza y me miró con curiosidad, sin la agresividad anterior.

—Yo fui el que lo encontró. Era su vecino. Su tío era un hombre legal, bacano, derecho. Un duro de esos que ya no se ven.

—No sé de qué vivía. Hace años se alejó de la familia y no volvimos a saber nada de él.

—Vendía precolombinos. Era un berraco para eso. Se iba uno o dos meses para el Huila o para Boyacá, regresaba con unas vasijas o con dos esculturas en miniatura, sabía a quién ofrecérselas y con eso vivía cuatro o cinco meses.

—¿Era guaquero?

—Yo creo más bien que estaba contactado con la gente que era, buscaban donde él ordenara y después cada quien se abría con lo suyo. Por eso no me pareció raro que anduviera desaparecido. Él era así, hablaba poco, se iba y después cualquier día lo encontraba una otra vez por ahí con un libro en la mano.

—¿Es verdad que usted se dio cuenta por las ratas?

—Sí, hermanito, se tragaron casi la mitad del cuerpo. Las vi saliendo por debajo de la puerta. También lo supe porque las palomas no regresaron a su ventana. Él les tiraba arroz o pedazos de pan.

—Era mi único familiar, el último que me quedaba.

—Un man recto, viejito, bien parado. Avíseme cuándo es el entierro porque me gustaría ir y despedirme de él. Fuimos buenos amigos.

—¿Nadie lo visitaba?

—Nadie, hermanito. El hombre aguantaba solo sin quejarse. Ahora, si me excusa, tengo que ir a trabajar —dijo de repente el vecino de mi tío y empezó a caminar pegado a la pared, atento, mirando hacia los lados.

No quise entrar ni interrogar a nadie más. Había escuchado suficiente. Una depresión súbita me quitó los últimos alientos que me quedaban y bajé a la avenida Caracas a tomar un taxi. Lo único que deseaba era entrar a mi apartamento, meterme en mi cama y olvidarme por completo de ese mundo negro y siniestro en el que había vivido Rafael y que estaba tan distante del mío.

Me imagino que a estas alturas de la carta te preguntarás por qué una noticia así me descompuso de tal modo. Y la verdad, Sebastián, es que no sé qué decirte, qué argumentos esgrimir para justificar una posición tan trágica y extremista. Lo cierto es que no pude tomar distancia, ver los acontecimientos desde afuera, fríamente, sin involucrarme en una forma tan pasional. Tal vez el hecho de no tener hermanos, ni abuelos, ni padres, ni hijos, ni sobrinos, me generó de manera inconsciente una obsesión por el concepto de familia, de lazos de sangre. ¿Dónde están los míos? ¿Qué se hicieron aquellos que piensan y sienten y miran como yo? Y entonces, cuando apare-

ció de la nada un pariente que estaba extraviado en el pasado, un tío a quien yo había respetado y admirado, y supe de su vida malograda y triste, me vine abajo y me hundí en una melancolía que me deprimió hasta minarme todas las defensas.

Por esos días estaba empezando a salir con una joven de la Facultad de Sociología y llevábamos tres o cuatro meses viéndonos con cierta frecuencia. Me llamó a preguntarme cómo seguía de salud, si se me ofrecía algo, si podía quedarse en mi apartamento unos días mientras yo mejoraba, y respondí con evasivas, con frases cortantes que ella no supo cómo interpretar porque hasta ese momento mi comportamiento había sido cordial y cariñoso. No sé de dónde me venía esa ira honda, esa sensación de desprecio, esa necesidad de culpar a los demás y a mí mismo por la marginalidad y la miseria en las que había vivido Rafael. No podía quitarme de la cabeza la suciedad de su habitación, el polvo esparcido sobre los objetos, los malos olores, la pobreza extrema, las latas de atún y de sardinas, un periódico amarillista abierto justo en las páginas en las que se hablaba de un crimen atroz. ¿Eran esas sus lecturas durante el almuerzo su compañía cuando se sentaba a comer entre vagabundos y vendedores callejeros en restaurantes populares? ¿O precisamente por eso mismo, porque sus vecinos eran gente trajinada entre escenas de sangre y violencia cotidiana, Rafael abandonaba a Nietzsche y a Durrell para leer las páginas rojas de los periódicos de segunda? ¿Había muerto de muerte natural o se había suicidado? ¿De qué había muerto? ¿Se había envenenado o sencillamente se había dejado morir de hambre? ¿Se había muerto de auténtica tristeza? ¿Se había acordado de mí en los últimos segundos, su pariente preferido, el sobrino que tanto lo había querido de niño? ¿Había pensado Rafael alguna vez en un hijo? ¿Ese hijo, tal vez, llevaba mis ojos, mi sonrisa, la expresión de mi cara?

Todas estas preguntas, Sebastián, entre muchas otras, me rondaban la cabeza desde que me levantaba hasta las horas de la noche, cuando entraba en la cama y me daba cuenta de que seguía atrapado

en las mismas ideas con las que me había despertado en la mañana. Habría querido parar la cabeza, doparla, sedarla, para que dejara de delirar y yo pudiera recobrar algo de mi antigua lucidez perdida. Pero tenía que seguir dando clase un par de semanas más, hasta que empezara los exámenes finales con mis estudiantes y yo entregara las calificaciones en regla, con los porcentajes correspondientes. Así que hice un esfuerzo, disimulé mi mala ventura, y por dos semanas más llevé una doble vida. Por un lado, la del profesor de sociología abnegado y responsable, y por otro, la del pariente que se hace exámenes de sangre en Medicina Legal para poder reclamar el cadáver de un tío muerto entre vagabundos callejeros, traficantes de poca monta y vendedores de utensilios de cocina.

Una tarde visité la Librería Merlín, la vieja librería de Célico Gómez que solíamos frecuentar cuando éramos estudiantes y que tantas sorpresas nos deparó entre sus estantes torcidos y sus pilas de libros sin clasificar. Me contó que Rafael solía ir a menudo, leer en las salas del segundo piso durante horas enteras, de vez en cuando comprar un ejemplar barato o pedirlo prestado, y sobre todo ojear las ediciones en otros idiomas, tomar notas y estudiar a sus autores preferidos en sus lenguas originales.

—Se convirtió con el tiempo en un elemento más de la librería —me explicó Célico con una sonrisa nostálgica—, como los muebles, los vendedores o yo mismo, el dueño. Recuerdo incluso que muchas veces aconsejaba a los estudiantes de filosofía y letras, les ayudaba a plantear correctamente las ideas de un trabajo o de una tesis, les sugería tal o cual novela para complementar la bibliografía. Los clientes lo querían mucho. Algo que le va a gustar es saber que su tío leyó todos los artículos que usted publicó en la revista de su facultad —continuó Célico mientras acomodaba unas revistas que le acababan de llegar—. Me dijo, muy orgulloso, que era su tío, y alguna vez lo escuché recomendando esos mismos artículos a estudiantes de humanidades. Por eso les dije a los de la policía que lo buscaran en la universidad y que le avisaran de su fallecimiento.

Te podrás imaginar lo que sentí con ese dato. El viejo tío escondido en una librería del centro de Bogotá, leyendo mis artículos y recomendándolos a los lectores asiduos del lugar. Era demasiado para que yo no me desmoronara por dentro, así que sólo alcancé a balbucear tres o cuatro frases de gratitud y salí a la calle con mareo y sintiendo que mi cuerpo, en lugar de recuperarse, seguía hundiéndose en la enfermedad y la depresión.

Ahora voy a contarte una escena para que puedas medir el nivel de mi confusión y mi locura. La muchacha con la que estaba saliendo por aquel entonces se llamaba Tatiana Valencia. Una noche, sin avisar, ella compró unos vegetales y un pescado fresco en Carulla, se presentó en mi apartamento con un ramo de flores, y me avisó en la puerta que había venido a cocinarme porque lo que me hacía falta era un poco de comida casera y nutritiva. Preparó una sopa deliciosa y cuando acababa de servir la mesa, antes de empezar a comer, la miré a los ojos y le pregunté:

—¿Alguna vez has tenido que aguantar hambre?

La pregunta la cogió por sorpresa y me miró sin entender muy bien para dónde iba todo ese rollo.

—Deja de pensar en cosas negativas. Más bien siéntate y disfruta la comida. Compré un pan recién horneado y está caliente.

—Contéstame: ¿sabes lo que es el hambre, has sentido dolores en el estómago porque no tienes un peso para comprar comida?

—No sé a qué viene todo esto. En mi casa no había lujos, lo sabes bien, pero no, nunca tuvimos que aguantar hambre. Vengo de una familia de clase media.

—Y supongo que sueñas con casarte con un profesional exitoso, tener lindos niños, comprar una casa y un carro, y de vez en cuando pasar vacaciones en el extranjero con tu maridito.

—¿Qué te pasa? ¿Qué diablos te he hecho yo? —dijo Tatiana perpleja, parada justo en el umbral entre la sala y la cocina.

—A mí no me pasa nada. Sólo me pregunto algo elemental: tú y yo somos sociólogos, se supone que investigamos sobre este país,

y en realidad no tenemos ni puta idea de lo que estamos hablando. Citamos los últimos informes de Naciones Unidas según los cuales tú y yo vivimos en la zona más injusta socialmente del globo, citamos cifras de desplazamiento forzado, denunciemos en nuestros artículos el exterminio indígena, el racismo exacerbado, pero la verdad, la única verdad, es que nos estamos refiriendo a una realidad que desconocemos, de la que no hemos experimentado nada en absoluto. Y me pregunto cómo puede uno discursar de lo que no sabe nada.

—No entiendo esta andanada sin pies ni cabeza.

—Sólo pregunté si has sentido hambre. Supongo que ninguno de los tuyos tampoco la ha sentido. Vienes de una familia feliz cuya mayor virtud es el ímpetu, las ganas de ascender socialmente, de convertirse en personas de bien, educadas y, en la medida de lo posible, adineradas.

—Deja esa pose hipócrita. Tú tampoco has sentido hambre ni tu familia tampoco.

—Has dado en el clavo, Tatiana. Ahora sé que uno de los míos, uno de mi tribu, sintió hambre y soledad, y se tragó las calles con el estómago vacío, y se alimentó durante semanas o meses con latas de atún y de sardinas, y vivió entre mendigos, drogadictos y enajenados mentales. Sangre de mi sangre.

—¿De qué me estás hablando? —la cara de Tatiana estaba cada vez más trastornada.

—¿Estás sorda? En estos días me he enterado de que esa realidad de la que yo hablaba en mis artículos, esas tasas de desempleo y esa población marginal que no tiene acceso a la salud ni a las calorías necesarias para vivir normalmente, esa realidad era, sin que yo lo supiera, la de mi propia familia. Por eso, la linda niña de clase media cocinando su sopita para su noviecito enfermo me tiene sin cuidado.

Tatiana empezó a llorar, cogió su bolso y buscó la puerta de salida. Alcanzó a farfullar antes de irse:

—Lo siento. Sólo quería que te mejoraras, nada más.

Alcancé a escuchar sus gemidos mientras bajaba las escaleras del edificio. ¿Te imaginas semejante disparate? Una joven inteligente y maravillosa viene a demostrarme todo su cariño y toda su lealtad, y yo, en lugar de agradecerse, lo que hago es sacar la navaja y empezar a tirar lances a diestra y siniestra. Te cuento esto para que veas lo mal que estaba por aquellos días y la mala onda que empezaba ya a apoderarse de mi cabeza.

Apenas terminé de hacerme el examen de sangre y de llenar los formularios para identificar ese cuerpo que aún permanecía en las neveras de Medicina Legal, una noche, con el resfriado en su punto más crítico, abrí la libreta que había tomado del cuarto de Rafael y releí el título: *La Cosa*. Me pareció un título rarísimo, que no le traía a uno ninguna imagen inicial. Pasé la página y me concentré en los primeros párrafos. Se trataba de una disquisición de unas cuarenta hojas, de un texto cuya exposición apuntaba a un centro muy claro: todo a nuestro alrededor está diseñado para embrutecernos, para mantenernos empantanados en una mediocridad afectiva, moral, política, intelectual, física.

Rafael sentía que la educación tradicional era en realidad una manera de ir cegando a nuestros niños y a nuestros jóvenes, de irlos preparando para que el sistema los machacara más tarde a su antojo. Ninguna materia está diseñada para entusiasmar, para seducir, para fomentar la alegría del conocimiento. Todo lo contrario: cada maestro deposita en su clase sus propias frustraciones, su tristeza, el estruendoso fracaso de su vida. Y de ahí en adelante el sistema entero se encargará de irnos moldeando para que jamás despertemos de ese marasmo que es la vida de manso empleado eficiente: las propagandas, las telenovelas y los seriados televisivos, los noticieros de radio y televisión que siempre mienten y que observan los hechos desde ángulos sesgados que están bajo la supervisión de ciertos consorcios económicos, el concepto de belleza anoréxico y famélico que condena a millones de personas a sufrir con dietas y a someterse a pésimas alimentaciones, la comida chatarra que condena a los otros a engordarse

hasta la enfermedad y la muerte, el consumismo aberrante, el arribismo, la xenofobia creciente, el racismo soterrado o explícito, todo está perfectamente armado para que cada uno de nosotros caiga en la trampa y empiece a comportarse como los otros, a pensar lo mismo, a sentir lo mismo, a soñar lo mismo. A esa gigantesca maquinaria, a ese descomunal tinglado donde todo está preparado para que nuestras vidas sucumban y se hundan, Rafael lo llamó La Cosa. Como si se tratara de una entidad, de un ser vivo cuyos tentáculos están por todas partes listos a capturarnos y triturarnos. Cuando vemos un comercial de champú; cuando compramos una hamburguesa no por su calidad, sino por su publicidad; cuando una mujer nos introduce en una relación sentimental melcochuda y empalagosa; cuando compramos libros de autoayuda; cuando pasamos por una agencia de viajes y creemos que ir a Disneyworld es muy importante; cuando pagamos una boleta para ver una película del peor cine de Hollywood; cuando comenzamos a creer que el éxito social y económico es de verdad la clave de la felicidad; cuando sospechamos que el pan es malo para la salud; en fin, cuando cualquiera de las infinitas ramificaciones de La Cosa nos atrapa, estamos entrando entonces en una región cerebral de máxima estupidez, una región de la que no saldremos fácilmente.

Hasta aquí los elementos más inofensivos de La Cosa. Porque había también un capítulo dedicado a la guerra, a los soldados, a esa cantidad de jóvenes de todas las nacionalidades engañados por gobiernos irresponsables y por políticos deshonestos y corruptos, generaciones enteras de buenos muchachos enterrados en trincheras, masacrando civiles, lanzando bombas contra niños indefensos, torturando a hombres desarmados que aúllan como animales desde el fondo de calabozos y de prisiones clandestinas en los cinco continentes. La Cosa no sólo embrutece, también prepara a los hombres para la muerte, los adiestra, los entrena, los convierte fácilmente en asesinos. Y después los que logran sobrevivir a esas hecatombes y esos genocidios regresan a casa deshechos, con insomnio, se levantan

tan a altas horas de la noche y recuerdan los rostros de todos aquellos que mataron vilmente, escuchan los ruegos de piedad, los sollozos de las víctimas pidiendo clemencia, y entonces esos antiguos soldados no pueden compartir con los suyos, no pueden hacer una familia, no pueden comer acompañados, y terminan hundidos en vasos de alcohol buscando olvidar los crímenes que cometieron, pinchándose dosis cada vez más altas de heroína o colgándose en el garaje cuando nadie los ve ni sospecha de ellos. ¿Cuántos jóvenes habrá aniquilado La Cosa —se pregunta Rafael— tanto en el bando de las víctimas como en el de los victimarios? Y a esos pelotones de soldados bien entrenados hay que sumarles los agentes de policía que golpean estudiantes universitarios, sindicalistas, y que en secreto, como una práctica clandestina que muchas veces les exigen para formar parte de la elite policial que busca ascensos y medallas, fusilan extrajudicialmente a vagabundos, prostitutas, travestis y gaminos. Y también cuentan los detectives, las agencias de seguridad, los porteros armados y los guardaespaldas, toda una serie de grupos de asesinos que el sistema permite, patrocina y legaliza para presionar a los que no se sometan ni quieran respetar las reglas, absurdas o sensatas, de ese mismo sistema. La estrategia, explica Rafael, es entonces clara: el que no se doblega termina en la clínica psiquiátrica, en la cárcel, en el cementerio o en la calle, durmiendo a la intemperie y sin un plato de sopa para alimentarse. La pregunta clave es: ¿cómo rebelarse a La Cosa sin terminar loco, preso, muerto o viviendo como un pordiosero? ¿Cómo estar por fuera sin que el sistema nos detecte y envíe a sus esbirros a meternos en cintura o a eliminarnos?

Lo extraordinario de la reflexión de Rafael es que, con lujo de detalles, contaba cómo desde sus más tiernos años de infancia él había sentido la atmósfera nociva y el aliento malsano de La Cosa. Ya desde niño sabía que los demás estaban atrapados, que eran carne de cañón, que no saldrían bien librados de ese enfrentamiento con una sociedad que ya los tenía bajo su control y su dominio. Incluso aquellos que creían que estaban en contra, aquellos que se oponían con cierta pose de

extremistas marginales, estaban también sometidos, pisoteados, bien vigilados. A lo largo de sus años de juventud, entonces, la pregunta fundamental de Rafael fue cómo escapar, cómo salirse de la red, cómo huir sin aspavientos, sin llamar la atención, sin hacerse notar. No quería marchar ni llevar pancartas por la calle, no quería pertenecer a ningún grupo, no quería matricularse en ningún partido político ni en ninguna sociedad filantrópica; no, quería vigilarse al máximo, quería estar atento, al acecho, y negarse a terminar una profesión, no casarse, no comprar una casa ni un carro, no tener hijos y no enfermar de cáncer ni agonizar en un pabellón de cuidados intensivos.

Para escapar de la fuerza gravitacional de La Cosa era preciso salirse de manera radical, en un movimiento contundente y certero, pero sin discursar, sin creerse el héroe, sin sentir ningún tipo de superioridad. Nada de eso, sólo dar un paso hacia la izquierda o hacia la derecha y abandonar la fila donde el resto de la gente parecía sentirse tan cómodamente instalado. Así fue como empezó a exiliarse interiormente, a rechazar todo tipo de esquema, toda religión, todo partido político, toda militancia posible; el único problema era cómo sobrevivir, cómo sostenerse sin tener que convertirse en un esclavo, en un empleado perfectamente explotado. Descubrió que sus lecturas de historia y antropología lo habían preparado bastante bien para saber dónde podían existir aún restos de asentamientos indígenas, y que, aparte de los datos necesarios para saber dónde cavar, él tenía además una intuición certera para dar con entierros y tumbas atiborradas de cerámicas precolombinas, oro, esmeraldas, vasijas, adornos y poporos. Luego buscaba el nombre correcto en una larga lista de políticos, historiadores, profesores universitarios y gente interesada en este tipo de arte, y le ofrecía el objeto. Casi siempre se lo compraban enseguida. Tenía buena reputación en el gremio, y si alguno de esos individuos intentaba sacar fraudulentamente del país el objeto que Rafael le había vendido, era su problema y tendría que enfrentar a las autoridades. El negocio de mi tío sólo llegaba hasta el comprador, que muchas veces eran museos y casas de la cultura regionales.

Después, con el dinero de esas ventas, se quedaba meses enteros por ahí, leyendo, asistiendo a buenas salas de cine, vagabundeando por las calles sin propósito alguno. Eso sí, siempre atento a que La Cosa no lo rozara ni lo fuera a capturar en algún recodo del camino.

En este punto quiero subrayarte una situación del pasado que no sé si hayas olvidado, Sebastián. ¿Recuerdas que cuando empezamos a leer y a ver buenas películas teníamos una concepción del arte y de la literatura muy parecida a la teoría de Rafael? Creíamos que sólo la lectura y el arte nos podían defender de la imbecilidad general. No queríamos crecer, trabajar como borregos, reproducirnos y morir. Es triste pensar que tenemos una sola oportunidad, una sola, y que la vamos a invertir en ir a la oficina, cobrar un sueldo a fin de mes y ver televisión. Y ahora que intento hacer memoria, no sé si alguna vez, en una conversación casual o en un encuentro de esos en los cuales mi tío me recomendaba una novela o un libro de filosofía, él habría esbozado su teoría de paso, sin ahondar mucho en ella para no asustarme, y más adelante yo, apropiándomela, la expuse como mía y de ahí en adelante tú y yo comenzamos a pensar en esa línea. No sé si estoy retorciendo demasiado las cosas, si mi imaginación me hace inventar un pasado inexistente, pero me parece muy raro haber elegido una carrera de humanidades justamente porque quería investigar, leer, pensar, escribir y dictar clase para que otros a su vez continúen defendiéndose de esas tinieblas que Rafael bautizó como La Cosa. No sé si estoy fabulando demasiado, si tal vez desvarío...

En las últimas páginas de la libreta, Rafael explicaba que estaba empezando a sentirse enfermo: fuertes dolores de estómago le impedían dormir y lo obligaban a vomitar varias veces al día. Como es de suponer, no tenía seguro médico y lo angustiaba que justo en el último momento lo internaran en algún hospital de caridad y alguien llegara a visitarlo, a apiadarse de él, a llevarle manzanas, y entonces La Cosa cerrara sus tenazas y lo obligara a morir bajo su influencia. Las últimas líneas son estremecedoras y te las transcribo sin errores porque las memoricé de tanto leerlas y releerlas:

No voy a someter a mis amigos a una vergüenza semejante: tener que visitar a un compañero indigente en una institución de caridad. Ellos no se merecen algo así. Si he tenido el coraje de vivir en permanente enfrentamiento con La Cosa, es de suponer que tendré la fuerza suficiente como para morir de igual manera. Elegí desde mi juventud ser un renegado y desde un comienzo supe el precio que tendría que pagar por ello. Ahora no voy a reblandecerme, a acobardarme, a pedir ayuda como un viejo chocho y enclenque. Recuerdo un cuento de Jack London en el que un anciano indígena está retrasando a los de su tribu en medio de una travesía invernal. Entonces da la orden de que continúen sin él, se baja del caballo con el cuchillo entre los dientes y espera a que lleguen los lobos. Cuando los ve a lo lejos se pone en guardia, respira profundo y, con los pies bien hundidos en la nieve, espera la primera embestida para morir de pie y con el cuchillo en la mano. Quizás ha llegado el momento de bajarme del caballo y de morir dando cuchilladas en mitad de la tormenta. Tal vez llegó la hora de morir como he vivido: lejos de todo y de todos. No quiero agonizar entre camas de enfermos, entre seres de una especie que no es la mía, con un televisor al frente y visitado por enfermeras hipócritas, médicos incapaces y curas pederastas. No quiero despedirme del mundo vencido y atrapado por La Cosa. Quiero morir aquí, entre mis libros, y así será. Yo decidiré el día y la hora. Lo demás es una trampa.

¿Te imaginas cómo me sentí apenas leí esa libreta? El tío Rafael, el único pariente con el que yo había sentido alguna vez empatía de verdad, una identificación intelectual y vital, había dedicado su vida entera a combatir esa telaraña en la que casi todos caemos atrapados tarde o temprano. Un guerrero secreto y agazapado, un héroe de nuestro tiempo, un soldado librando batallas invisibles. Como si esto fuera poco, en los últimos renglones quedaba claro que se había suicidado para ser dueño de su muerte, para elegir el día y la hora, para mantener a los demás a raya, para evitar que la debilidad física y la flaqueza

de la enfermedad lo derrotaran y lo obligaran a caer en brazos de La Cosa. Semejante actitud me despertó una admiración irrestricta.

No sé si me sigues, si entiendes de qué te estoy hablando, si mis palabras son lo suficientemente claras y sinceras como para conducirte al centro de mi ser. En una época en la que nos enviamos mensajes insulsos y superfluos por internet ya es inusual sentarse a escribir de este modo durante días enteros, para conducir al otro al centro mismo de nuestro corazón, para llevarlo de la mano hasta lo más profundo de nuestras ideas y nuestros afectos. Y ahora, de pronto, me ha asaltado una duda: ¿sí estoy contándote las cosas con la suficiente destreza como para que te metas dentro de mí y comprendas cada una de mis reacciones, cada uno de mis sentimientos? Desconfío de las palabras, desconfío de la transparencia del lenguaje, y me pregunto justo en este punto si estarás entendiéndome o si, por el contrario, lo que he escrito hasta ahora no habrá producido más bien una muralla, una cerca que te ha dejado por fuera, en un territorio desde el cual me ves como un loco, como un obsesivo compulsivo, como un patético intelectual de pacotilla que tiende a extraviarse en sus disquisiciones hasta perder cualquier asomo de realidad. Espero que no, Sebastián, porque de lo contrario lo que he hecho con estas páginas no es acercarte a mí ahora, cuando más necesito tu amistad, sino alejarte, empujarte a una zona desde la cual me mirarás con curiosidad y cierta perversa incredulidad.

En las semanas siguientes terminé los exámenes con mis estudiantes, presenté las calificaciones y salí a vacaciones, que era lo que más añoraba. No volví a ver a Tatiana, quien después de la escena de aquella noche que te acabo de contar no quiso saber nada de mí. Me dediqué a estudiar el texto de Rafael, a encontrarle aristas secretas y a establecer nexos entre sus ideas y las de sus autores predilectos. Me presenté ante la policía y solicité un permiso especial para entrar en su habitación, aunque sin derecho a tomar ninguna de sus cosas. Solía entonces pasar tardes enteras en su cuarto, recreando lo que había sido su vida, imaginándome cómo era estar por fuera de La Cosa,

atrincherado en una calle miserable de Bogotá, lejos de cualquier contacto espiritual con los otros. Cerraba los ojos y lo veía con los bolsillos rotos, pagando las latas de atún con monedas, con los zapatos sucios y estropeados, con las medias raídas: la imagen de quien está más allá, en un viaje que no tiene regreso, extraviado en una ruta pedregosa. ¿En qué pensaba Rafael? ¿Soñaba algunas noches con una caricia, con un beso, con un abrazo nocturno debajo de sus sábanas mugrientas y rotas? Y cuando tenía fiebre o gripe, cuando le dolía el estómago o cuando estaba lloviendo y la tristeza le oprimía el pecho, ¿qué hacía?, ¿a quién se encomendaba?, ¿cómo aguantaba sin doblarse? O cuando iba al baño y orinaba sangre y escasamente podía sostenerse en pie, ¿qué cara ponía?, ¿qué palabras pronunciaba en esos terribles momentos? Y cuando llegaba la noche lo imaginaba quitándose la ropa y metiéndose debajo de sus cobijas remendadas, de medio lado, con los ojos puestos en la oscuridad, la barba contra la almohada, tosiendo mientras daba las últimas caladas a su cigarrillo, intentando precisar una frase de Foucault o una de Cioran, recitando quizás en voz baja, en francés o en alemán, un verso que ponía en evidencia el poder absoluto y destructivo de La Cosa. Y cuando le dolía una muela o un tobillo, ¿iba al dentista o al médico? ¿Cómo pagaba la consulta? ¿Compraba medicinas o las consideraba también objetos engañosos fabricados por La Cosa? Entonces, por momentos, lograba meterme dentro de él, comprenderlo, ser él, y me daba cuenta de algo aterrador: que tal vez lo peor de la soledad no es la falta de un interlocutor, sino esa subdivisión malsana, esa multiplicación de sí mismo por medio de la cual la psique ingresa en una esquizofrenia frenética.

Y es que cuando no hay nadie alrededor el cerebro empieza a construir una escenografía y una puesta en escena para varios personajes diferentes, cada uno con vida propia. ¿Quiénes eran los personajes creados por Rafael para que lo acompañaran en su batalla secreta? ¿Qué seres eran los que volvían una y otra vez a su memoria, qué decían, cómo se comportaban? Quizá la vida de un hombre no significa nada si no conocemos esas multiplicaciones angustian-

tes o felices que hicieron de él alguien superior a sí mismo. Desde su cuarto miserable, enfrentando una guerra cotidiana contra un monstruo poderoso y avasallador, ¿en cuántos soldados se subdividía Rafael para conformar un pelotón firme que lo protegiera de la derrota y la rendición? Y cuando estaba con las defensas abajo, cuando no tenía ganas de seguir en pie, ¿por dónde caminaba?, ¿dónde se sentaba a leer?, ¿qué calles solía recorrer?, ¿a qué cines entraba?, ¿dónde compraba sus cajetillas de cigarrillos? ¿Bebía en bares de mala muerte?, ¿se acostaba con prostitutas? ¿Qué concepción tenía él del amor, del sexo, de la amistad con mujeres? Porque en *El cuarteto de Alejandría*, en una edición subrayada hasta la saciedad, yo me había encontrado una tarde la siguiente anotación: “Nadie se enamora de otra persona. Mediante un procedimiento narcisista amamos en el otro el reflejo de nosotros mismos. Como el caracol, o como un andrógino cercenado y mutilado que busca su otra mitad, amamos en los otros nuestra propia sombra”. Si había escrito eso, ¿cómo era entonces su relación con las mujeres? ¿Nunca se había enamorado? ¿Jamás se había apasionado por una mujer, la había perseguido, le había prometido fidelidad en medio de noches de intensa fogosidad corporal? ¿Quién había sido en realidad ese hombre que de un momento a otro había reaparecido en mi vida, después de tantos años de ausencia, para partirla en dos?

Para rematar esta historia tan descabellada y como si no fuera suficiente locura lo que hasta ahora te he escrito, imagínate que una tarde me volvieron a llamar de Medicina Legal y yo, ingenuo irredento, con mi voz de chico bueno, pregunté si la llamada era para avisarme que los exámenes de ADN ya estaban listos y podía enterar a mi tío.

—No, señor —me dijo la secretaria de siempre—. Lamento comunicarle que de los exámenes no sabemos nada todavía y que necesitamos hablar con usted cuanto antes.

—¿Es urgente? ¿La investigación arrojó algunos resultados nuevos?

—Sí, señor, es urgente. Pero prefiero explicárselo personalmente. Lo espero hoy mismo, si es posible.

—A las cuatro de la tarde estoy allá.

El corazón me latía a toda velocidad mientras manejaba por la Caracas hacia el centro de la ciudad. Cualquier nueva información, cualquier noticia sobre Rafael me generaba una ansiedad incontrollable. La vida de ese hombre era el centro de mi vida, la clave, el eje sobre el cual yo giraba desde el día en que había recibido el escueto y extraño mensaje en mi oficina de la universidad. Sin embargo, estaba a punto de ingresar en una realidad insospechada, en uno de esos agujeros negros que se chupan cualquier asomo de cordura. Si hasta este punto la historia te ha parecido rara y un poco salida de lo normal, no te imaginas lo que viene, Sebastián. No se me hubiera ocurrido que lo vivido hasta ese día era sólo una introducción, un umbral, un pasadizo inicial hacia el verdadero meollo del asunto.

Apenas entré en Medicina Legal la secretaria me hizo sentar y le ordenó a una empleada del aseo que me sirviera un café. Estaba nerviosa, se le notaba que temía una reacción negativa de mi parte. Ese fue el indicio de que lo que me iban a comunicar no podía ser nada bueno.

—No sé por dónde comenzar. Créame que no es fácil para mí hacerlo venir hasta aquí para transmitirle más noticias negativas —dijo la mujer, mientras se quitaba unos lentes de carey que la envejecían.

—Las cosas no pueden estar peor, señora —anticipé molesto por ese preámbulo que me obligaba a irme contra las cuerdas—. Tener a mi tío en su frigorífico es un hecho que no tiene forma de empeorar.

—Ese es el problema. Que su tío ya no está en nuestras neveras.

—¿Qué? ¿Cómo así que no está aquí? —dije poniéndome de pie.

—Ayer el guardia descubrió que el cuerpo desapareció y no sabemos con certeza cuándo sucedió, qué día hurtaron el cadáver.

—¿De qué me está hablando usted? ¿Se da cuenta de lo que me está diciendo? —una depresión súbita me obligó a sentarme de

nuevo—. Eso significa que me hice los exámenes para nada y que ahora resulta que nunca sabré si era mi tío o no, y que si tener a un ser querido desaparecido es un suplicio que no permite ni descansar en las horas de sueño, tener un cadáver desaparecido es aún peor porque uno no tiene la esperanza de que regrese algún día.

—Lo lamento, no sé qué decirle, cómo explicar una cosa de éstas. Jamás nos había sucedido.

—Pero ¿cómo se pueden robar un cadáver medio descompuesto? ¿A quién se le puede ocurrir semejante despropósito?

—No tenemos ni la menor idea. Ya reportamos el caso a la policía.

—¿Y se robaron varios cuerpos? —pregunté agarrándome la cabeza con ambas manos.

—No, señor, sólo el de su tío. El resto está en su sitio. Eso significa que entraron, abrieron las neveras y extrajeron sólo el de don Rafael.

La expresión “don Rafael” me hizo sonreír. La secretaria se creía que esa expresión de respeto aminoraba la gravedad del robo y de la penosa situación por la que yo venía pasando desde hacía semanas. “Don Rafael”, no podía ser más ridículo. Por un momento me dieron ganas de escupirla, de abofetearla y de arrojarla por una ventana. Pero me controlé, respiré profundo y busqué la salida.

—Avíseme cualquier cosa que averigüen, por favor —dije ya de salida, sin mirarla.

—Sí, señor, por supuesto. Ni más faltaba.

Cuando salí a la calle sentí que la cabeza se me iba a estallar de la ira. En un impulso repentino me dirigí a la estación de policía, les solicité que interrogaran al tipo que cuidaba la morgue en las horas de la noche, que lo presionaran, que lo amenazaran hasta que confesara quién lo había contratado o para qué se había robado él un cadáver medio descompuesto. La única posibilidad era esa, que el celador estuviera implicado en el robo. Me dijeron que ya lo habían hecho todo y que el tipo aseguraba que no tenía nada que ver, que había cumplido con su deber, que jamás permitiría una cosa parecida. Salí furioso también de la estación de policía, maldiciendo un país en el

que se roban hasta nuestros muertos. Sin embargo, cuando estaba a punto de sacar mi carro del parqueadero, se me ocurrió que si el celador no funcionaba bajo presión, quizás sí lo hiciera por dinero, comprándolo, ofreciéndole una suma para que delatara a sus compinches. Saqué un millón de pesos de uno de los cajeros automáticos de la avenida Jiménez y crucé de nuevo el mercado de San Victorino.

Esperé un rato a que la gente desalojara las oficinas del edificio y, en las primeras horas de la noche, cuando el sector empezaba a transformarse en un cruce obligatorio para las hordas de indigentes que salían de los expendios de drogas o entraban a éstos, me acerqué y encontré al hombre al fondo del corredor, enfundado en una chaqueta para protegerse del frío nocturno. En un principio mi presencia lo atemorizó y empezó a parpadear nerviosamente.

—Vengo a ofrecerle un trato —dije con la voz calmada para tranquilizarlo—. Yo sé que sacaron el cuerpo de mi tío con su consentimiento. En el día es imposible hacerlo. Le propongo no entablar una demanda contra usted, dejar las cosas así y darle una suma de dinero a cambio de su información. Lo único que quiero saber es quiénes y para qué se robaron el cadáver de un NN.

—Ay, jefecito, no me ponga en éstas —dijo el hombre suspirando y mirando hacia los lados.

—Aquí tengo la plata —afirmé sacando los billetes de uno de mis bolsillos—. Mire, hay un millón de pesos para usted si me colabora con esa información.

—¿Un millón de pesos? —preguntó el hombre sin poder quitarle los ojos de encima al fajo de billetes.

—Se lo entrego ya, usted me dice qué fue lo que pasó, y listo, yo no regreso por acá y lo dejo en paz.

—Ni modos, jefe, hoy en día no se encuentra uno tanta plata así, a la vuelta de la esquina. Hace una semana vino un tipo con una gabardina negra, barbado, y me dio trescientos mil pesos por dejar sacar el cuerpo. Yo no hice nada, se lo juro, sólo abrí la puerta y él, con un amigo que trajo, se encargó de todo, metieron el muerto en

un costal y se lo llevaron. No me dijeron para qué necesitaban al finado, ni por qué hacían una cosa así, nada, sólo se lo llevaron y ya.

—¿Le dijeron por qué querían ese cuerpo y no otro?

—No, jefecito, no tengo ni idea. Yo acepté porque usted sabe cómo está la situación. Tengo mujer y tres hijos, y con el sueldo no me alcanza para pagar arriendo, colegios y encima de eso hacer mercado. Entiéndame. Y ésta parecía gente de la zona, gente dura, y era la plata o una cuchillada por ahí, cuando esté esperando el bus.

Asentí y le entregué la plata completa.

—Gracias. Y tranquilo, no entablaré ninguna demanda contra nadie —le dije con sinceridad.

El hombre agarró la plata en medio de una sonrisa de satisfacción y me miró de frente sin saber cómo agradecerme la suma que le acababa de entregar. En esa mirada fugaz, instantánea, reconocí a un hombre bueno que había aceptado abrir los refrigeradores sólo por necesidad y nada más. Di media vuelta y alcancé la puerta de salida. Antes de pisar el andén, me puse alerta para evitar un atraco y caminé hasta el parqueadero de afán, con paso firme, demostrando que conocía la zona y que no iba a ser presa fácil.

Un hombre barbado y con gabardina negra. La descripción coincidía con el vecino de Rafael, el hombre que lo había encontrado. Aunque en el barrio había cientos de hombres con esa misma figura, no sé por qué una certera intuición me decía que se trataba del esquivo individuo que ya me había tropezado dos veces en el viejo caserón de San Victorino. Lo que se salía por completo de cualquier explicación racional era el robo del cadáver. ¿Con qué fines habían hecho algo así? Y si inicialmente lo habían tenido ahí, entre sus manos, ¿para qué habían llamado a la policía y lo habían entregado? No tenía ni pies ni cabeza. De todos modos, como la única razón posible la conocía quien se había llevado el cuerpo, me dirigí a la pensión y golpeé en la puerta de la habitación del misterioso hombre que había pagado trescientos mil pesos para que le entregaran el cadáver descompuesto de mi tío. El tipo abrió la puerta con desgana, con los ojos enrojecidos y peque-

ños, escupiendo en el piso y sorbiendo mocos para despejar la nariz y poder respirar.

—Qué se le ofrece, maestro.

—¿Por qué se llevó el cadáver de mi tío? —le pregunté a boca-jarro, sin preliminares de ninguna clase.

—No sé de qué me está hablando —me contestó con un gesto de desprecio, como si estuviera concentrado en una actividad muy importante y yo lo estuviera interrumpiendo con frivolidades.

—No se haga el imbécil. Yo sé que fue usted. Lo único que quiero saber es por qué. Tengo derecho. Soy su único pariente.

El hombre se quedó mirándome con frialdad, con arrogancia, dejando entrever una superioridad que de pronto lo invadía y le despertaba cierta violencia que lograba contener a medias.

—¿Derechos? No me haga reír, hermanito. ¿Dónde estaba la familia cuando él no tenía con qué comer? ¿Dónde estaba usted, en qué restaurante, en qué cine, con qué hembra, cuando él estaba enfermo y pasaba las noches en vela? No me venga con discursitos aprendidos en su universidad. Los verdaderos derechos los tienen quienes han estado ahí con uno, en la jugada, metidos en el barro hombro a hombro. El resto son mariconadas de pequeñoburgueses como usted, que repiten lo que ven en las telenovelas.

—Usted no tenía el derecho de robarse el cadáver. Mi tío se merecía un entierro decente.

—Mire, hermanito, solucione sus problemas como le dé la gana. A mí déjeme en paz. Y si me sigue jodiendo, lo voy a poner en su sitio. No todos los días amanezco tan decente como hoy.

Y me tiró la puerta en las narices.

A partir de entonces, y durante varios días, me sentí desconectado de la realidad, suspendido en un espacio y un tiempo propios, que no se relacionaban con los demás. Solía visitar la habitación de Rafael, leer y releer sus libros preferidos, caminar por el sector pensando siempre en él, en esa rutina diaria que yo intentaba reconstruir sólo a punta de imaginación y buena voluntad. ¿Te acuerdas de que

cuando éramos niños, en el jardín infantil, un día nos sacaron de clase y nos llevaron a un salón donde vimos la llegada del hombre a la Luna en un viejo televisor en blanco y negro? La maestra nos explicó que los astronautas parecían flotar porque en la Luna no existía una ley de la gravedad similar a la de nuestro planeta. Durante semanas y meses enteros tú te obsesionaste con eso y me hablabas a todas horas de una dimensión en la que era posible elevarse y perder ese peso que nos une de manera cargante con el mundo. Pues a lo largo de esos días, Sebastián, yo me sentí igual que los astronautas del Apolo XI: liberado de una atadura, viajando en el cosmos sin sentir mi peso ni mi propia densidad, más allá de la masa corporal que me daba una consistencia real en el mundo. Sólo la lectura me unía, como si fuera un tubo a través del cual me llegaba el aire a la escafandra, a una vida de la que cada día me sentía más ausente y lejano. No me volví a encontrar con el hombre de la gabardina, hasta que una noche, a eso de las ocho, cuando ya me disponía a regresar a mi apartamento, me lo tropecé fumando en el corredor del segundo piso, junto a las escaleras. Me miró de reojo y me dirigió la palabra con desdén, con ese aire de persona superior que se digna hablar con seres de escasa relevancia:

—No puso la demanda en la policía. Yo pensé que iba a armar una alharaca.

—Yo sé que fue usted —le dije mirándolo a la cara, tranquilo, sin agresividad, sin alterarme como la vez anterior y sin dejar en mi voz ningún rastro de resentimiento—. Pero no tengo pruebas y no puedo hacer nada al respecto.

—Creo que va aprendiendo cómo son las cosas por acá.

En ese momento, con una velocidad de pensamiento que no suelo tener en situaciones así, se me ocurrió una idea a través de la cual podía establecer mi jerarquía frente a ese sujeto altanero y presuntuoso.

—Usted tiene un cuerpo sin vida y medio destruido. La verdad es que me importa muy poco. Mi tío no está ahí. En cambio yo tengo los libros, los recuerdos de familia, las fotos y la libreta en la que anotó

su testamento ideológico. Como ustedes son animales carroñeros, cébense a su antojo con la podredumbre.

Me di cuenta de que mis palabras lo habían golpeado justo en el centro del abdomen y que el tipo estaba con conteo de protección. Dejó de fumar y me miró sorprendido y con el ceño fruncido.

—¿Cuál libreta?

—Donde están sus ideas principales, su pensamiento. Se titula *La Cosa*, pero dudo mucho de que una mente como la suya pueda entender lo que él escribió.

—¿Dónde la encontró? —me dijo acercándose un paso hacia mí.

—Detrás de la gaveta del baño, metida entre el vidrio y la pared. Pero creo que eso a usted no le importa. Y le agradecería que de aquí en adelante se dedicara sólo a sus asuntos, porque la próxima vez sí lo denuncio y le juro que no descansaré hasta verlo encerrado en la cárcel. Ahí nos vemos, hermanito.

Y bajé las escaleras sin darle tiempo a contestarme. Cuando salí a la calle, una sonrisa franca me iluminaba el rostro. Por fin había logrado poner a ese fanfarrón en su sitio. Ese placer me dejaba satisfecho, como si de repente hubiera nivelado en parte una balanza que hasta ese momento había estado inclinada en mi contra.

Dos horas más tarde, a eso de las diez de la noche, sonó el teléfono de mi apartamento y levanté el auricular.

—Con el señor Vicente Estévez, por favor —dijo una voz masculina desde un teléfono público.

—Sí, con él habla.

—Soy el vecino de Rafael. Le ruego que no me vaya a colgar. Necesito hablar con usted cuanto antes. Dígame dónde y nos encontramos. Si quiere, ahora mismo.

—¿Cómo consiguió mi número?

—Eso es lo de menos. Por favor, hermanito, es muy importante que usted y yo hablemos. Le daré todas las explicaciones que me pida.

—No pienso volver a salir ahora.

—Fresco, yo voy a su casa. Sólo necesito unos minutos, nada más. Por favor.

Recordé la figura del hombre, su aspecto de vago peligroso, y me dije que no era buena idea traerlo a mi casa. Pero enseguida, en un impulso repentino, me dije que él, seguramente, había sido el mejor amigo de mi tío, me gustara o no, y había estado más cerca de su vida, de sus problemas y de sus necesidades que cualquiera de la familia. Y una curiosidad que no me había dejado descansar desde el primer día, cuando había recibido el mensaje, me carcomía las entrañas. En esta historia había demasiados huecos, demasiados baches que yo deseaba conocer para completar la biografía de ese hermano de mi padre con el cual, muchas veces, yo me había identificado más allá de los vínculos de sangre. Así que, dejándome conducir por intuiciones confusas, le dije con el teléfono aún en la mano:

—¿Tiene cómo copiar la dirección?

—Fresco, hermanito, yo sé dónde vive usted. Estoy cerca. Ya voy para allá.

Y colgó sin darme ninguna explicación. Era evidente que alrededor de Rafael se estaba desarrollando un argumento que yo desconocía, toda una trama que se estaba llevando a cabo a mis espaldas y que ya era hora de aclarar: su muerte, la libreta que yo había encontrado, el robo de su cadáver, el hecho de que me tuvieran vigilado sin que me percatara de ello, en fin, mil detalles que estaban pendientes y que sólo ese misterioso hombre de la gabardina podía esclarecer. En efecto, a los quince minutos sonó el citófono de mi apartamento y el hombre llegó agitado, nervioso, con unas pequeñas gotas de sudor en la frente.

—Siga —le dije abriéndole la puerta y dándole la bienvenida.

Lo primero que hizo fue mirar la biblioteca. Paseó los ojos rápidamente por los estantes, como si fuera un ave de rapiña en busca de algún indicio para capturar una posible presa que valiera la pena. Luego me estiró la mano con una cordialidad que jamás había tenido conmigo.

—Soy Pedro, y lamento que nos hubiéramos conocido así, de la peor manera. Pero es que gente que anda con la policía nos da mucha desconfianza.

Le estreché la mano. Unos dedos fuertes, anchos, de alguien que había trabajado en una fábrica o en el campo. Le calculé cuarenta y cinco o cincuenta años de edad.

—Siéntese —le dije ofreciéndole el sofá—. ¿Quiere tomar algo?

—¿Tiene una cerveza?

—Sí, voy a traer dos. Las tengo bien frías en la nevera.

Agarré las cervezas, las serví en dos jarros y regresé a la sala. Me senté en un sillón junto al hombre y le entregué uno de los jarros.

—Salud —dijo Pedro, y se tomó un buen trago.

—Salud —respondí yo, elevando un poco el jarro antes de beber. Me dije que estaba a punto de conocer la verdad escondida detrás de la vida de Rafael, y esa sensación me generaba una ansiedad que, por fortuna, la cerveza me ayudaba a apaciguar.

—Voy a ir directamente al grano, hermanito. No soy buen orador. Algunas cosas de las que le voy a hablar usted ya las conoce o las intuye. Sobre todo si leyó las anotaciones del maestro —dijo Pedro levantando el jarro y bebiendo un segundo trago de cerveza—. En la zona vivíamos cientos de indigentes y marginales antes de que la alcaldía construyera el parque Tercer Milenio y nos expulsara del sector. Rafael apareció un día cualquiera y nos sorprendió porque no era alcohólico ni metía vicio. Un man tranquilo, que se la pasaba siempre con un libro en la mano, callado, al que no le gustaban los problemas pero que tampoco los rehuía cuando los veía llegar. ¿Me entiende, hermanito? Un tipo en regla, derecho, que ponía a los tom-bos en su sitio cuando le pedían papeles o cuando lo jodían en la calle, que chupaba cana fresco, sin lloriquear, al que le importaba un culo todo el mundo. Por eso se ganó el respeto de una y nadie se metía con él. Luego, en una segunda fase, nos dimos cuenta de que el hombre era un sabio, un tipo que sabía de todo, y que más que un intelectual con un tornillo suelto o con problemas en el pasado, estábamos frente

a un conductor espiritual, un guía elevado, un santo.

Cuando lo escuchamos hablar nos quedamos boquiabiertos, embebidos en sus palabras, sorprendidos de tanta habilidad para entender los problemas de cada uno de nosotros. Fue entonces cuando empezó a explicarnos su teoría de La Cosa, de esa enorme maquinaria que nos había machacado a todos, que nos había expulsado de la vida común y corriente que llevaban los demás. Y ojo, hermanito, porque en la calle no crea usted que hay sólo gente viciosa y bruta. No, en la calle hay médicos, arquitectos, pilotos, mancos que hablan dos y tres idiomas. Y a todos nos pareció que él tenía la razón, que nadie nos había explicado con tanta claridad por qué habíamos ido a parar a una calle miserable, entre hogueras y recicladores de basura y vendedores de bazuco. Ahí empezó la tercera fase, y es que nos dijimos que si del otro lado, en los centros comerciales, las discotecas y los cines, una sociedad de bestias despiadadas estaba armada y dispuesta a escupirnos en nuestra propia cara, a destruirnos y a eliminarnos, entonces nosotros por qué no íbamos a ser capaces también de organizarnos, de oponer resistencia y de enfrentarnos a ese monstruoso aparataje que se creía invencible y todopoderoso. ¿Me entiende, hermanito? ¿Sí se pillá para dónde es que voy? De vagos solitarios que se pasaban el día entero fumando baretá o soplando bazuco, pasamos a ser soldados pilos, inteligentes, que no estaban dispuestos a que los siguieran maltratando, negando y asesinando.

El maestro nos despertó, nos dio conciencia y lucidez sobre nuestras vidas, y nos regresó la fuerza que habíamos perdido, la confianza en nosotros mismos que tanta falta nos hacía. Así nació La Organización, cuyo objetivo principal era defenderse de La Cosa, impedirle que nos siguiera haciendo daño y, si era necesario, atacarla, restarle fuerza, minarla, golpearla donde más le doliera. No le voy a dar detalles, hermanito, porque no quiero asustarlo. Vine aquí en son de paz, porque lo considero un aliado y no un enemigo. Pero si vamos a hablar con franqueza, debo confesarle que La Organización estaba dispuesta a todo con tal de presentarle una franca oposición a La Cosa,

y eso suponía enfrentamientos, luchas, heridos, muertes. Los dos primeros discípulos fuimos Pedro y Pablo: yo, que sin modestia me considero el amigo más cercano que tuvo el maestro, y un africano refugiado que llegó a Colombia y que poco a poco se fue quedando sin un centavo, Dongo Mnubungo, y que ahora está de regreso en su país, en el Congo, predicando la palabra del maestro y ampliando el horizonte de La Organización.

Lo cierto es que por ese tiempo el maestro decidió escribir una especie de ideario político, un texto en el que estuvieran plasmadas sus enseñanzas y que nos sirviera de guía, de luz en medio de una sociedad regida por la oscuridad y las tinieblas. Nos dijo en varias oportunidades que ya estaba trabajando en ese libro, y que luego había que pasarlo a máquina y fotocopiarlo para que cada uno de nosotros tuviera una copia idéntica al original. Por esos días se sintió muy enfermo y nos pidió varios días, exactamente tres semanas, para terminar de redactar el documento. Dijo que se encerraría veinte días en ayuno, sólo tomando agua y meditando, hasta que el libro sagrado quedara terminado y pulido para iluminar a las generaciones venideras y salvarlas de lo que hasta ahora sólo ha sido explotación, ruina y guerras fratricidas. Por eso respetamos su encierro y no lo molestamos. ¿Me entiende, hermanito? ¿Se da cuenta de la caída que hicimos? El maestro lo que necesitaba era atención médica, un tratamiento, pero de sólo pensar que La Cosa podía dominarlo y controlarlo en sus últimos minutos, él prefirió encerrarse y dejarse morir en la soledad de su habitación. Por eso se pudrió sin que nosotros nos pilláramos la nota. Cuando yo descubrí las ratas saliendo de su habitación ya era tarde, porque una vecina del piso de abajo, una viejita que permanece con la puerta abierta todo el día, también las vio, intuyó de qué se trataba y decidió llamar a la policía. ¿Se imagina, hermanito, el error tan hijueputa que habíamos cometido? ¡La policía! Y no alcanzamos a sacar el cuerpo cuando llegaron los tombo, hicieron un levantamiento del cadáver y se lo llevaron a Medicina Legal. La Cosa había sido más eficiente que nosotros mismos.

Lo peor de todo es que al final el maestro terminaría metido en una iglesia, bajo las palabras de un sacerdote y enterrado en un cementerio como si fuera cualquier mortal. No podíamos permitir algo así. El maestro debía terminar como había vivido, lejos de los otros y protegido por nosotros, sus iguales, ya que para eso habíamos creado La Organización. Logramos entonces robar el cuerpo, nos despedimos de él como lo merecía y lo enterramos en un lugar secreto, un lugar que en el futuro será un destino obligatorio de peregrinaciones y en el que construiremos un santuario para ir a adorarlo. Ya le comunicamos a Pablo todo lo que ha sucedido y él está a la expectativa para que en cualquier momento, cuando demos con el paradero del documento, le enviemos las palabras sagradas del maestro.

¿Ahora sí entiende por qué estoy aquí, hermanito, y por qué esa libreta que usted encontró por azar nos pertenece en realidad a nosotros, los discípulos? Piense que lo que para usted no son más que unas anotaciones curiosas de un tío medio raro, para nosotros es la base, el pilar de una lucha que quizás algún día nos permita vencer a La Cosa y crear un mundo más justo y más digno para todos nosotros. Piénselo, hermanito, entienda la importancia de nuestra misión y entréguenos esa libreta. Será el mejor homenaje que usted le pueda hacer a ese gran hombre que fue su tío.

Y entonces, Sebastián, en los ojos brillantes de ese hombre acostumbrado a la noche y a la calle, a las comisarías de policía y a los grupos de exterminio, vislumbré la ira, la violencia, y supe que si no le entregaba la libreta por las buenas me la iba a arrebatar por las malas. Así que fui hasta mi habitación, traje la libreta y se la entregué sin decir nada. Su mirada cambió, sonrió con sus colmillos cariados y torcidos, y me dijo muy emocionado:

—Gracias, hermanito. El día en que nos necesite, avísenos. Cuenta con nosotros para lo que sea.

Nos estrechamos las manos y Pedro salió con la libreta de Rafael en un bolsillo de su gabardina negra. No lo he vuelto a ver desde entonces. A los pocos días la policía me permitió trastear los libros

de mi tío a mi apartamento, y cuando fui por ellos con un camión y dos ayudantes, los vecinos me comunicaron que Pedro se había ido y que ya no vivía en la casa. No tengo ni idea dónde anda. Supongo que se mudó como una medida de seguridad, que ya transcribió el texto de Rafael y que anda difundiéndolo entre los suyos.

No quiero entrar a calificar ahora toda esta locura, Sebastián. Ya me he extendido demasiado, te he contado paso a paso lo que he vivido a lo largo de estas semanas, y no quiero seguir tejiendo hipótesis y suposiciones sin fundamento alguno. En realidad, esta carta, ya tan larga, sólo tiene un propósito específico: quiero que averigües lo que puedas sobre Dongo Mnubungo, si todavía sigue en el Congo y si es cierto que en ese país donde estás ahora existe una ramificación de una organización de seguidores de mi tío. Sé que todo esto parece como si yo estuviera esquizofrénico y te estuviera escribiendo desde un manicomio, pero por favor, Sebastián, ayúdame, échame una mano y pregunta por ahí a ver de qué te enteras. Cualquier información, por mínima que sea, me ayudará a completar este cuadro absurdo que nació de una mente delirante o brillante, todavía no lo sé. Y escíbeme cuanto antes, no te demores mucho.

Tu amigo de siempre,
Vicente